

DOSSIER: El trabajo, un hecho colectivo e histórico que nos define socialmente

DOSSIER: El trabajo, un hecho colectivo e histórico que nos define socialmente

Estos breves artículos tienen el objetivo de ubicar el fenómeno del trabajo en la actual coyuntura de incertidumbre y cambio. Buscan estimular a los lectores a iniciar reflexiones, no necesariamente sistemáticas, pero si incorporando la perspectiva del trabajo como un fenómeno social, integral y colectivo que además, define identidades personales y grupales.

Al definir al trabajo como un hecho social, que además está en el centro de la vida contemporánea, necesariamente el Estado juega un rol clave. Esto se observa a la hora de mantener equilibrios, garantizar derechos y facilitar funciones que el mercado –o las mayores o menores habilidades técnicas de los individuos- no pueden lograr por sí solos.

Por esto mismo, al entrar en crisis el concepto predominante de trabajo, se afecta luego a toda la organización social. Y es esta cuestión la que reclama un abordaje para afrontarla con mayor éxito y menores costos.

Organización del Dossier:

- Se presentan 6 textos que pueden leerse por separado pero que a la vez, dialogan entre ellos y mantienen una unidad. Los textos se ubican en el paradigma de la crisis del trabajo, en el marco de la sociedad pos industrial
- Los textos ofrecen un ida y vuelta entre el presente y el pasado para mostrar cómo se conformó la idea predominante de trabajo y mundo laboral, qué cambios se produjeron y de qué manera impactan en la vida contemporánea.
- **El texto 1** presenta y caracteriza el momento de crisis actual¹.
- **El texto 2** reconstruye someramente cómo el trabajo también fue una construcción cultural e intelectual y rastrea algunas pistas del desarrollo histórico de esta elaboración.
- **El texto 3** aborda aspectos concretos del trabajo en la sociedad industrial, pero desde la perspectiva del Estado y a través de reconstruir lo que fue el Estado de bienestar y su alianza con el mundo del trabajo.
- **El texto 4** describe los inicios de la crisis del Estado de bienestar que, por su propia conformación, también fue una crisis del trabajo y los trabajadores.
- **El texto 5** profundizará el diagnóstico actual, deteniéndose en la explicación más detallada de los procesos y basándose en los análisis de los especialistas que han reflexionado sobre ellos².
- **El texto 6** se detendrá en las nuevas formas del trabajo, ya no en términos teóricos, sino a partir de una descripción concreta de los distintos mercados y sus protagonistas.
- Cada texto tendrá señalada la bibliografía utilizada y sugerida para quien desee profundizar en los temas tratados.

1. Los textos de 1 a 6 fueron elaborados por Fernando Pedrosa (Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires)

2. Los textos 5 y 6 fueron elaborados por Javier Pablo Hermo (Instituto de Investigaciones "Gino Germani" de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires).

Pensar la crisis del trabajo, pensar el futuro

En la sociedad actual -llamémosla sociedad posindustrial- el concepto trabajo está cambiando muy rápidamente. En este sentido, sus nuevas formas son muy diferentes a la caracterización clásica, aquella que llevó al desarrollo de la sociedad industrial que transcurrió en buena parte del siglo XX.

Y esto ocurre por múltiples y complejos aspectos, de los que seleccionaremos uno:

La sociedad posindustrial en que vivimos desconecta la creación de la riqueza social del trabajo.

Como consecuencia directa de esta innovación, se relega y disminuye la importancia del factor trabajo -podríamos decir también, del factor humano- frente al poder del capital en una fase de expansión global. El trabajo es por sí una relación asimétrica y esta situación de cambio, la vuelca más aun hacia uno de los lados de la ecuación.

Este proceso se observa muy habitualmente en el auge de nuevas formas de trabajo donde la presencia humana parece no ser tan importante e introduce una prospectiva del futuro cercano donde las cosas, aun, cambiarían más.

Jeremy Rifkin, un prestigioso sociólogo norteamericano, describe este proceso de forma radicalizada al afirmar que estamos iniciando una nueva fase de la historia humana donde la decadencia del trabajo en su sentido actual, sería irreversible. Rifkin bautizó a esta coyuntura como la "tercera revolución industrial" y pronostica que producirá una reorganización fundamental de las relaciones humanas.

Dejando de lado las previsiones apocalípticas, y aun aceptando que estamos presenciando momentos de transformación, es difícil afirmar con certeza qué y cómo ocurrirá. Por ello tampoco es fácil describir con exactitud las formas que adoptarán los procesos laborales en un futuro no tan cercano.

Sin embargo algunas cosas ya cambiaron, por ejemplo el predominio de las nuevas tecnologías, el crecimiento del sector servicios, el mayor peso que adquiere la demografía de algunos países, y, en forma muy especial, la evidente deslocalización de la actividad productiva en países donde el trabajo no ha alcanzado nunca niveles de protección y de calidad como en el mundo occidental.

Simultáneamente y desde las últimas décadas del siglo XX, esto se complementa con una fuerte impugnación del rol del Estado y no solo como tradicional regulador de algunas interacciones de la vida social. Sobre todo, se lo cuestiona por su creciente incapacidad de intervenir desde el nivel nacional frente a un mundo que se transformó en global.

Como afirma Ulrich Beck para los países europeos, las fronteras y los espacios en que se sostenía el mundo de los Estados nacionales ya no existen. De esta manera el capital transnacional logra escapar con éxito a regulaciones y controles fortaleciendo su posición frente al trabajo. En América Latina esto se suma a la existencia de una marcada informalidad, lo que implica una vital y fluida vida laboral al margen de la intervención estatal.

La versión local de la crisis global del trabajo no es exactamente la misma que en los países desarrollados o en los emergentes más poderosos (como China, Rusia o India). En la realidad Argentina -que es también similar a la de otros países de la región- se combinan algunos aspectos típicos del más moderno mundo posindustrial antes mencionado (por ejemplo la creciente presencia de plataformas tecnológicas que ofrecen distintos servicios), con pervivencias de la sociedad industrial en estado clásico (por ejemplo las tradicionales PyMES, importantes generadoras de trabajo).

Pero, además, aparecen formas precarizadas donde el trabajo aun requiere de la presencia decisiva del Estado para garantizar el cumplimiento de normas y formas mínimas que equilibren su posición en relaciones que son de mucha debilidad.

Se debe agregar que los cambios no solo se producen en términos de la organización material de la producción. El trabajo también hace a la identidad cultural de las sociedades y las personas y por eso se incluye dentro del fenómeno más amplio de la individualización de la sociedad posmoderna.

Así el trabajo también se ve como un acto personal, solo sometido a las posibilidades que otorgan la propia virtud, la habilidad técnica y la capacidad de negociación -o la falta de alguna o todas ellas- y, por supuesto, en el contexto de entornos económicos más o menos estimulantes para realizarlo.

Y además las personas dejan de ver el trabajo anclado a un territorio nacional determinado, ya que por las nuevas

tecnologías se puede trabajar para un país desde cualquier otro punto del globo (por ejemplo, los típicos *call centers*).

Esto también acentúa la debilidad estructural del trabajo tradicional porque, por un lado, deja de pensarse como un hecho social y colectivo y, por el otro, el Estado cada vez tiene menos herramientas de intervención y corrección de asimetrías.

El Estado contemporáneo enfrenta una situación dilemática: si atiende a las demandas de sus poblaciones afectadas al trabajo tradicional y las protege, se vuelve menos competitivo en el orden global y su producción perderá lugar por más costosa. Pero si elige una opción contraria, el descontento se expande entre sus ciudadanos. Como lo teorizaron Daniel Bell o Alain Touraine hace algunos años, los cambios en las economías desarrolladas pusieron en discusión los conceptos fundantes en que se sostuvieron las sociedades occidentales del corto siglo XX y eso tiene consecuencias que abarcan la vida social en todas sus formas. Ya en la actualidad Saskia Sassen ha investigado como la digitalización ha reestructurado no solo el espacio de trabajo, sino también los hogares de los trabajadores.

Por supuesto que estos cambios no ocurren en todos lados igual ni a la misma velocidad. En América Latina en general y en Argentina en particular, algunos aspectos pueden relativizarse aunque no ignorarse.

El origen de esta reflexión se centra en un hecho indiscutible: el concepto de trabajo que primó en el siglo XX ya no es el que parece prevalecer en esta sociedad posindustrial en que vivimos.

Y este proceso histórico, si bien en forma desigual, ya está entre nosotros e impactará aún más en el futuro. El futuro puede tardar un poco más o un poco menos en llegar, pero lo hará. Y este gap -entre lo que ocurre hoy y lo que pasará mañana- es el que nos puede permitir prepararnos en términos de institucionales y sociales para afrontar mejor los nuevos escenarios.

Por eso es necesario detenernos a pensar en ello.

El paradigma de la sociedad industrial era el trabajo. Pensar el futuro del trabajo es pensar entonces, el futuro de la sociedad humana.

Bibliografía

Beck, Ulrich (2004) "Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial. Barcelona: Paidós.

Bell, Daniel (1976) "El advenimiento de la sociedad posindustrial" Madrid: Alianza Editorial.

Lipovetsky, Gilles (1986) "La era del vacío: ensayo sobre el individualismo contemporáneo". Madrid: Ed. Anagrama.

Rifkin, Jeremy (2010) "El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era". Buenos Aires: Paidós.

Touraine, Alain (2016) "El fin de las sociedades" Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sassen, Saskia. (2019). Digitalización y trabajo: Potenciales y desafíos en los mercados laborales de bajos ingresos. *Transregiones*, 1(1), 7-24.

El trabajo, las ideas del pasado y la incertidumbre del presente

Las discusiones, los debates y las reflexiones sobre el trabajo y su lugar en la vida del hombre, de la sociedad y su influencia en la naturaleza, han sido un clásico del pensamiento occidental. El trabajo no es una forma exclusiva de épocas capitalistas, pero en esta etapa se produce una relación social que adquiere una importancia determinante: el trabajo asalariado.

La enorme batería de preocupaciones y reflexiones sistemáticas producidas en este aspecto se justifica plenamente porque el concepto trabajo ha sido central en la vida de las sociedades humanas.

Además, porque en la medida que estas sociedades han cambiado, se han desarrollado y –sobre todo– se han complejizado notoriamente, requieren que los enfoques y análisis sobre el trabajo también sigan un camino similar. Y es que, justamente, cualquier proceso de cambio y transformación del trabajo condiciona en gran medida nuestra vida presente. Y a esto debe sumarse la cuestión de la incertidumbre por las formas que adoptará en un futuro no lejano, lo cual también influye en las decisiones presentes de los distintos grupos sociales.

La sociedad industrial y sus especialistas

En diferentes tiempos históricos, en distintos lugares, con diferentes métodos, perspectivas y llegando a diversos resultados, las tradiciones de estudios sobre el trabajo ocuparon un lugar significativo en el corpus del conocimiento sistemático sobre las relaciones humanas y sociales.

Las primeras ideas elaboradas sobre el trabajo ya las encontramos en los griegos antiguos, Platón y Aristóteles, y desde ellos hasta nuestros días, estas producciones intelectuales no se han detenido, todo lo contrario.

Desde aquella primera mirada sobre el trabajo como una actividad degradante para el ser humano y ajena a los ciudadanos que sostenían los griegos clásicos, los sucesivos aportes han ido incorporando otras nociones que han revertido esa idea y además, se enriquecieron los abordajes para darle al trabajo un lugar central en las relaciones sociales de las sociedades contemporáneas.

Los estudios sobre el trabajo han ocupado por ello, en menor o mayor medida, a todos los grandes exponentes del pensamiento, desde los ya clásicos Max Weber, Emile

Durkheim, Adam Smith, David Ricardo, Hegel, Karl Marx y, Hannah Arendt, hasta los más contemporáneos como Ulrich Beck, Manuel Castells, Benjamín Coriat, Jürgen Habermas, Eric Hobsbawm y Zygmunt Bauman, por nombrar solo a algunos pocos.

Numerosas disciplinas científicas han dedicado subdisciplinas o áreas específicas al abordaje de fenómenos ligados al trabajo, por ejemplo, la Economía del trabajo, la teoría de las organizaciones en las empresas, la Sociología del trabajo, Educación del trabajo o la Historia del movimiento obrero entre muchas otras posibilidades.

También hay importantes tradiciones de estudios sobre el trabajo propias de América Latina y, por supuesto, en Argentina. Sobre estos temas en nuestro país existe una importante serie de producciones, revistas e informes académicos, jornadas y encuentros periódicos, carreras enteras dedicadas a estos temas, cursos de grado y posgrado, organismos de investigación, especialistas etc. Pero para seguir avanzando, hay que precisar un poco el concepto.

¿De qué hablamos cuando hablamos de trabajo?

Al acceder al Diccionario de la Real Academia española nos encontramos con una sorpresa. La palabra “trabajo” proviene del latín vulgar “tripaliāre” que significa.... torturar o “instrumento de tortura compuesto de tres maderos”. Lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta las condiciones del trabajo en los inicios de la industria.

Pero más allá de este desafortunado origen etimológico, la noción del trabajo se fue construyendo en el tiempo hasta llegar a su forma actual pasando por diversas estaciones, muchas de las cuales fueron definidas por algunos de los autores antes mencionados. Es con el triunfo y el avance del capitalismo que el concepto va adquiriendo su faceta más conocida. A partir de ello, se fueron incorporando distintas ideas que, al conjugarse, incluso al impugnarse mutuamente, sacaron definitivamente al trabajo de la idea griega clásica o del poco estimulante significado proveniente del idioma latín.

Y en ese desarrollo se arribó, aún con grandes diferencias en el enfoque, a un lugar común: el trabajo debía ser concebido como un hecho social.

Además, en su faceta industrialista, durante el siglo XX, este hecho social se entendió, más allá de los diferentes intereses de las partes intervinientes y los conflictos que estos originaran, con una finalidad común: el progreso social.

Este camino no fue inmediato ni se conformó con solo un aporte o una ideología particular. La idea del trabajo también se conforma en directa relación con su entorno social y económico de cada uno de los especialistas que fue reflexionando sobre ella.

El trabajo, algo más que una habilidad técnica o una actividad individual.

Como señala Julio Cesar Neffa, en el siglo XX la consideración sobre el trabajo fue creciendo y desbordando una mera perspectiva socioeconómica. De este modo fue considerándose también una construcción cultural, lo que permitió abordarlo como un espacio privilegiado para la realización personal en el marco de la integración social y la formación identitaria de los sujetos.

Sobre todo, y mediante el trabajo, se puede afirmar que los seres humanos construyen su propia identidad y a través de él, buscan y otorgan un sentido a aquello que hacen.

Las distintas visiones sobre el trabajo priorizan aspectos diferentes a la hora de explicarlo y entenderlo. Tanto porque se puso énfasis en la incorporación de la idea de la ética del trabajo, o en la consecuencias de su carácter asimétrico. También por su asimilación con la riqueza de una sociedad, que en algunos casos se asociaba a la industria y en otros a la agricultura, hasta la concepción del trabajo en medio de las relaciones del hombre con la naturaleza y la lucha por el poder en la sociedad.

Entonces, el trabajo se considera algo más que una técnica aplicada por individuos para conseguir algunos recursos para la supervivencia. Es un hecho trascendente para la vida de las personas que también implica una acumulación de saberes en el marco de acciones colectivas donde siempre, aun en los sistemas más rígidos o automatizados, existe una dinámica intervención humana.

En cualquier caso, el trabajo conlleva la utilización de la energía personal del trabajador -que es finita-y por ello se incluye en esta cuestión la necesidad de su cuidado, preservación tanto de los aspectos físicos como subjetivos de la actividad.

En el abordaje conceptual -y por supuesto en la práctica concreta- el trabajo implica una relación de poder no exenta de tensión, con intereses contradictorios, conflictos y riesgos a partir de las diferentes partes que se relacionan desigualmente.

Por ello también son diferentes las recompensas y los riesgos que corren quienes intervienen de distintas formas en este hecho social, sobre todo, desde que el capitalismo es

la forma predominante en que se organizan las sociedades y sus economías contemporáneas.

En estas líneas se buscó realizar someramente, más una definición cerrada del concepto de trabajo, una visión histórica de su construcción. A través de una mirada general que fue tomando elementos coincidentes en función de una premisa:

Para saber que algo cambió es preciso saber primero, cómo se conformó.

Bibliografía

Arendt, Hannah (1993): La condición humana, Paidós: Barcelona.

Bauman, Zygmunt (2003): Modernidad Líquida, Buenos Aires: FCE.

Beck, Ulrich (1998): La sociedad del riesgo. Paidós. Barcelona.

Beck, Ulrich (2000): Un nuevo Mundo Feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización, Buenos Aires, Paidós.

Coriat, Benjamin (1991): El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, Madrid, Siglo XXI.

Durkheim, Emile (1987): La división del trabajo social, Akal, Madrid.

Hobsbawn, Eric (2010): [6da. Ed.]: La era del capital 1848-1875. Buenos Aires: Editorial Crítica.

Neffa, J. C. (1999): Actividad, trabajo y empleo: algunas reflexiones sobre un tema en debate [En línea]. Revista Orientación y Sociedad, Nº 1.

Richter, Jacqueline (2011): El concepto ampliado de trabajo: los diversos trabajos Gaceta Laboral, vol. 17, núm. 2, pp. 169-189 Universidad del Zulia, Venezuela.

Smith, Adam (1999): La riqueza de las naciones, Madrid, Alianza Editorial.

Thompson, E. P. (2012): La formación de la clase obrera en Inglaterra. Barcelona: Capitán Swing.

Weber, Max (2004): [2da. Ed. México: FCE, 1964]: Economía y Sociedad, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

El Estado entre el capital y el trabajo

Un recuento histórico

Las relaciones del capital y sus representantes con los trabajadores y los suyos fueron tumultuosas, conflictivas y pusieron al mundo europeo, en varias ocasiones, a las puertas de la revolución social.

Sobre esto escribieron muchos historiadores como Eric Hobsbawm, Tony Judt y E. P Thompson quienes relataron el desarrollo del mundo urbano de la Europa occidental entre los siglos XIX y XX. Particularmente se interesaron en la forma en que el capital y el trabajo fueron construyendo sus desiguales relaciones, sobre todo a partir de que la fuerza de trabajo se transformó también en una mercancía.

Un punto de inflexión en esa historia es el periodo de las guerras mundiales (1914-1945), las crisis ideológicas, sociales y económicas en que desarrollaron y que a la vez, ayudaron a acentuar. Los autoritarismos europeos implementaron políticas que buscaron intervenir directamente entre el capital y el trabajo. Para ello ejercieron un férreo control desde el Estado, sobre todo, para evitar cualquier autonomía de los trabajadores en nombre de frenar el avance comunista.

La aparición del primer Estado socialista -la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS)- y su exitosa reconversión en una economía industrial, había planteado un modelo alternativo de desarrollo al capitalista, aunque, paradójicamente, también con la estrategia de quitar toda autonomía a cualquier actor que no fuera el mismo Estado socialista.

De todos modos, por su origen revolucionario, fue una importante fuente de inspiración para los trabajadores de la Europa occidental -a la vez que una potencial amenaza para otros sectores sociales- que buscaban formas de equilibrar la relación con el capital y transformar las precarias condiciones de su existencia.

La destrucción ocasionada por la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, dejaban a la Europa occidental ante un gran problema: sus economías y territorios estaban destruidos y sus sociedades exhaustas después del enfrentamiento bélico. Era tan grave la situación de posguerra que no había margen para las recetas pasadas: aumentar la presión sobre el trabajo para recomponer el capital. Y es que las clases obreras europeas no eran dóciles grupos sin experiencia en coyunturas complicadas. Todo lo contrario.

Los trabajadores de los países europeos contaban consigo

con importantes tradiciones organizativas, de lucha y una serie de construcciones políticas, los partidos socialistas y laboristas que, desde bastante antes de la Segunda Guerra Mundial, ya venían perfilándose en la lucha parlamentaria y avanzando significativamente en la búsqueda de leyes que protegieran al trabajador.

La solución al desastre de la guerra debía ser novedosa, tomar en cuenta las experiencias pasadas, eludir las recetas autoritarias que la misma guerra había derrotado y al mismo tiempo, no dar lugar para los cambios que proponía el modelo comunista en ascenso.

El desafío no era menor. Se trataba ni más ni menos, que de rediscutir el poder y por ello, nada menos que los límites entre lo público y lo privado.

Novedades desde Gran Bretaña para todo el mundo: el trabajo es el nuevo rey.

Con la guerra ya finalizada el primer ministro británico Winston Churchill, reconocido en todo el mundo como uno de los héroes de la recién finalizada confrontación, convocó a elecciones donde, sorpresivamente, fue derrotado por el líder del Partido Laborista, Clement Atlee.

Las políticas del gobierno de Atlee fueron el inicio de lo que se llamó el Estado de bienestar ya que además de diversas nacionalizaciones de empresas e industrias, creó un sistema nacional de salud que respondía ante los acontecimientos normales de la vida pero también ante los riesgos extraordinarios (accidentes).

Esto no era una novedad en Europa, no solo porque los países con Parlamentos ya venían discutiendo e, incluso, aprobando medidas parciales que reconocían crecientemente la importancia social del trabajo y la necesidad de equilibrar las terribles asimetrías que esa relación había mantenido desde sus inicios.

Pero además estas políticas se habían implementado exitosamente en los países nórdicos (Suecia, Noruega y Dinamarca) desde antes de la guerra y se puede afirmar que el mismo New Deal implementado en Estados Unidos por Franklin D. Roosevelt sienta las bases de una expansión del Estado en el mismo sentido.

El Estado británico, tradicionalmente no intervencionista en la vida social y habituado a proteger al capital e ignorar al trabajo,

-como muchos de los europeos- daba un paso clave. Esto fue un cambio sorpresivo y que influyó en el resto de continente europeo pero que también muy pronto cruzó el Océano e influyó a los distintos movimientos políticos latinoamericanos vinculados con los trabajadores organizados.

El Estado de bienestar

¿Por qué es importante tratar el Estado de bienestar en un texto sobre la crisis del trabajo?

Porque el Estado de bienestar es el Estado instalado en un lugar de articulación y regulación entre las fuerzas del capital (podríamos personalizarlo en los dueños de los medios de producción) y las del trabajo (lo mismo, pero en los trabajadores). Y este hecho es producto de un aprendizaje social y de la admisión de la incapacidad del Estado de preguerra que dejaba el trabajo librado a su solitaria capacidad de hacer frente a la sociedad industrial.

Pero también es la formalización en políticas públicas de que el trabajo era importante para la sociedad, que era un derecho social y que su regulación y expansión resultaba un requisito indispensable para la estabilidad social y el crecimiento. Al mismo tiempo, implicaba un acuerdo social que esto no podía hacerse como en la URSS o los países derrotados en la guerra.

El Estado de bienestar se conformó, además de la reformulación del mercado de trabajo, con la adopción del sistema democrático como forma de integración de los trabajadores a los sistemas políticos, conformándose así también en ciudadanos electores.

De la cuna a la tumba

El Estado de bienestar genera políticas que buscan asegurar y mejorar la vida de sus ciudadanos desde la cuna a la tumba, a través de fondos públicos, por ejemplo, jubilaciones, licencias por maternidad, legislación que protege las condiciones laborales seguras para los riesgos de trabajo, prestación de servicios sociales, educativos y sanitarios.

Pero la clave es que apunta al mantenimiento de altos niveles de ocupación. Las políticas de pleno empleo se combinaron con salarios altos para garantizar mayores niveles de producción y una intensa expansión del gasto público. Esto se conoce hasta el día de hoy como políticas keynesianas, por el apellido del economista británico John Maynard Keynes. Keynes centró sus preocupaciones en cómo una sociedad occidental debía afrontar las crisis financieras, sobre todo, pensando en la que más intensamente había vivido y que se originó en 1929 en Estados Unidos y que pronto adquirió escala mundial. Esta crisis fue el telón de fondo para la Segunda Guerra Mundial entre otras consecuencias.

El Estado de Bienestar adquirió distintas formas según el país donde se implementó. Gøsta Esping-Andersen, uno de

sus mayores estudiosos de este fenómeno, argumentó que a este tipo de Estados se los puede agrupar en tres modelos, el **liberal** (propio de EE.UU.) el **conservador** (alemán) y el **socialdemócrata** (Suecia).

Y América Latina no fue la excepción. Si bien el principal rasgo que adopta en este caso es la incompletitud con respecto a los modelos originales. En los años treinta en México, el presidente Lázaro Cárdenas avanzó en la legislación laboral, mientras que en Brasil, Getulio Vargas, impulsaba un aumento de la industria y la sindicalización de los trabajadores. También en los años treinta, Argentina debatió mucho –y concretó poco- sobre temas laborales. Pero fue de la mano de Juan D. Perón, primero en su carácter de funcionario del golpe militar de 1943, y luego ya electo democráticamente en 1946, que se pudo desarrollar esa agenda.

Para finalizar. En poco tiempo, aunque partiendo de tragedias inmensas, los Estados occidentales pasaron de un formato de despreocupación por el trabajo y el bienestar social de los trabajadores, a consolidar una fuerte presencia como árbitro y constructor de consenso entre las partes. El Estado de bienestar modeló las relaciones laborales decisivamente y generó la imagen del trabajo que pervive aun en el imaginario de gran parte del mundo. Eso, es lo que hoy está en crisis.

Bibliografía

Gosta Esping-Andersen (1993): Los tres mundos del capitalismo de bienestar. Valencia: Edicions Alfons El Magnànim.

Judt, Tony (2016): Posguerra. Una historia de Europa desde 1945. Barcelona: Taurus.

Romero, Luis A. (2017) Breve historia contemporánea de la Argentina. Buenos Aires: FCE.

La crisis del Estado de Bienestar y la crisis del trabajo

El Estado de bienestar marcó la sociedad occidental en forma estructural en gran parte del siglo XX, coincidiendo con años de reconstrucción luego de la Segunda Guerra Mundial, paz y crecimiento inédito, sobre todo, en la historia europea.

Pero también, asociado a liderazgos y movimientos políticos populares, el Estado de bienestar se convirtió en una utopía en los países latinoamericanos, sobre todo, porque no fue una realidad completa como en otros países y porque era un ideal posible, alcanzable, frente a las promesas de revoluciones y cambios radicales que tenían mucha intensidad en la región.

Sin embargo, con el correr de los años, la idea de un bienestar permanente sostenido desde el Estado fue perdiendo apoyos y algunas creencias fueron cambiando tanto en intelectuales, especialistas como en políticos y en parte importante de las sociedades.

El debate sobre la magnitud del gasto público, su eficiencia, los impuestos y el grado de implicación del Estado en la economía, tomó cuerpo en la opinión pública mundial. Y esto ocurrió a medida que las dificultades fiscales se fueron incrementando.

La fecha clave para ubicar este cambio es 1973. Ese año se cruzan dos procesos. Uno de tipo coyuntural (la crisis del petróleo) y otro de forma estructural (la globalización). Ambos procesos, en su combinación, van a cambiar la forma de organizar el mundo económico y social y esto, obviamente va a afectar de manera significativa la organización del trabajo tal cual se vio en el texto 1 de este Dossier.

La crisis del petróleo, la primera amenaza al Estado de bienestar

El primero de ellos es lo que conoció como la "crisis del petróleo" La crisis del petróleo y el aumento del precio de los commodities implicaron un fuerte impacto en las economías de los países desarrollados. Es decir, hasta entonces los países desarrollados pagaban muy barato el petróleo y las materias primas de alimentos. Además Estados Unidos se hacía cargo de muchos de los gastos de la defensa y en ese contexto -y con el impulso decisivo del Plan Marshall en tiempos de posguerra- Europa pudo iniciar un camino de reconstrucción y crecimiento del que se benefició la gran mayoría de su población.

La crisis del petróleo se originó a partir de una guerra en medio Oriente -que enfrentó a Israel con una coalición de países árabes- que trajo como consecuencia un boicot petrolero de los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) a las potencias internacionales que habían intervenido en la guerra a favor de Israel.

La economía norteamericana además no solo se vio asediada por el boicot de la OPEP, su déficit fiscal crecía en porcentajes históricos para sostener los gastos armamentísticos que la Guerra Fría demandaba -y que la guerra de Vietnam había aumentado- y en menor medida por el avance de las economías alemana y japonesa que, por primera vez, lograban convertirse en serias competidoras de la producción norteamericana.

Esto llevó a los norteamericanos a generar instancias de negociación con sus competidores soviéticos para reducir el gasto en armamentos y en disminuir la provisión de fondos para la defensa de los países europeos. En definitiva, los Estados de los países europeos y Estados Unidos debieron comenzar una etapa que implicaba mayores restricciones para los gastos y comenzar a ajustar sus economías.

La globalización contra la sociedad industrial: los cambios sociales

El segundo proceso que se hace presente en 1973 es el hoy se llama de globalización y que se simbolizó en las "empresas transnacionales" como la nueva forma que adquiriría el capital. Según un grupo de pensadores entre los que se destacaban Ralph Dahrendorf y Adam Przeworsky, se anunciaba el fin del ciclo del bienestar como modelo predominante para la organización socioeconómica de las sociedades occidentales contemporáneas.

En esta apreciación coincidieron numerosos investigadores e intelectuales provenientes de diversas tendencias ideológicas. El politólogo alemán Wolfgang Merkel sintetizó los problemas de la sociedad de la época en la combinación de diversos factores que serían los responsables de este declive que afectaba la organización del trabajo en su fase industrial. Uno de ellos fue la incapacidad para regular los instrumentos financieros, tema que se desarrolló en el texto 1.

Cambian los trabajadores, cambia la sociedad

Pero de los factores que propone Merkel se pueden retomar dos que aún no se han tratado en estos textos. El primero de

ellos refiere al cambio de la estructura social de los países europeos y que se fue extendiendo rápidamente en el resto del mundo y el segundo la pérdida de la iniciativa discursiva.

A medida que avanzaba el siglo XX el mundo industrial y homogéneo de la posguerra comenzaba a erosionarse. Este cambio se caracterizó por una mayor heterogeneidad entre los mismos trabajadores y simultáneamente, una reducción en la cantidad de obreros industriales.

Los trabajadores, que eran la mayoría indudable de la sociedad, venían generando procesos de diferenciación interna, es decir, venían cambiando y diferenciándose entre ellos por su estructura de intereses, tareas y demandas. Por ello ya en los años 70 considerar al universo de trabajadores como si fueran todos iguales era cada vez más difícil. Eso repercutió también en sus representaciones sindicales, quienes, para esa época, eran consolidadas corporaciones de defensa del trabajo pero que empezaron a ser cada vez más conscientes de su debilidad.

El capital se hacía transnacional y se fortalecía al mismo tiempo que el trabajo y sus representaciones políticas se fragmentaban.

Y esto ocurría en el marco de importantes cambios de valores en la sociedad, sobre todo, en lo que se llamó la aparición de los llamados valores posmateriales.

Los ciudadanos ampliaban sus demandas que ya desbordaban lo meramente material. Como una ola global comenzaba a reclamarse mayor autonomía social, igualdad social y particularmente igualdad de sexos, defensa del medio ambiente, respeto de los DD.HH. y una fuerte oposición a los aprestos bélicos, sobre todo, del movimiento antinuclear y del pacifismo anti guerra de Vietnam.

Al mismo tiempo el experimento soviético de una sociedad industrial sin capitalismo comenzaba un proceso de pérdida de eficiencia y ralentamiento que terminaría con su explosión en la década de los noventa.

El mayor éxito del siglo XX y la sociedad industrialista fue otorgar estabilidad donde no la había y marcar un camino que sacaría a millones de personas de la pobreza y de la destrucción de las guerras mundiales.

La legitimidad en las palabras y las ideas

Pero esos cambios y transformaciones fueron acompañados por una pérdida en el peso del discurso político y económico a favor del Estado de bienestar.

Las ideas clásicas que sostenían el mundo industrial del siglo X se veían heridas ante la imposibilidad de los Estados nacionales de sostener el crecimiento mediante las recetas habituales. Esto le impedía encontrar soluciones en su arsenal histórico de apelaciones al bien común, la igualdad y a través del desarrollo de la capacidad de intervención estatal.

La pérdida de la iniciativa discursiva keynesiana dio mayor impulso a la de los monetaristas y esta situación repercutió en el reemplazo de economistas keynesianos por otros de tendencias desestatizantes en ministerios y comisiones asesoras. Como afirma Merkel, en las democracias competitivas es importante la forma en que se acomodan las teorías en el discurso político, frente a los valores políticos mayoritarios de una sociedad y cómo repercute en la conducta de sus electores.

Paralelamente en los años 80 y 90 comenzaban a surgir nuevos modelos que competían y ofrecían alternativas al modelo clásico de la sociedad industrial. Los llamados "tigres asiáticos" (Malasia, Taiwán, Hong Kong, Corea del Sur y luego Tailandia e Indonesia) aparecían como un modelo de crecimiento rápido y que lograba combinar grandes masas de mano de obra -que empezaban así un proceso de lenta mejora de la calidad de vida- y capitales transnacionales que buscaban en esos países paraísos donde las regulaciones estatales del Estado de bienestar no estuvieran.

Por supuesto que la diferencia la hacía también la ausencia de tradiciones sindicales organizadas y con respaldo histórico como en Europa o América Latina. El costo del trabajo se reducía ahí donde más había costado conformarlo en otras regiones.

China y Vietnam ofrecerían algo similar pero diferente. Los países comunistas herederos del proyecto que había enarbolado la malograda Unión Soviética, entendieron que debían adoptar el capitalismo aunque se mantuvieran regímenes políticos socialistas. Ellos marcarían el pulso de la economía global con el nuevo siglo y los desafíos que hoy viven los países occidentales están signados por estas nuevas formas de trabajo que desafían las ideas y las expectativas que grandes sectores de la población aun poseen.

Entender este proceso es el primer paso para poder dar respuestas a las nuevas formas y demandas que el trabajo presenta a los Estados nacionales y también a sus organizaciones representativas.

Bibliografía

Dahrendorf, R. (1996): La cuadratura del círculo. México: FCE

Merkel, Wolfgang (1994): Entre la modernidad y el posmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX. Madrid: Alianza Universidad.

Przeworski, Adam (1988): Capitalismo y Socialdemocracia. Madrid: Alianza.

Stiglitz, Joseph (2000): "Lo que aprendí en las crisis económica mundial". En Cuadernos. Económicos., Volumen 19, Número 32, p. 246-254. Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá).

El futuro del trabajo o el trabajo del futuro.

Desafíos de una nueva era: el contexto

La relevancia del trabajo en toda época de la humanidad radica en su capacidad de transformación, no sólo del objeto material al que se aplica -cuando es el caso clásico del proceso de trabajo-, sino de las relaciones sociales y de los sujetos mismos, en una relación que se realimenta y reconfigura en el proceso de trabajo, que es netamente social.

Para abordar las características del trabajo en esta etapa actual, en primer lugar, se debe diferenciar entre trabajo y empleo. Esta distinción es necesaria para comprender que cuando a veces se habla del "fin del trabajo" (Rifkin, 1996), en verdad se está hablando del fin del trabajo asalariado con contrato por tiempo indeterminado, generalmente asociado con la noción de "empleo". Para poder ubicar correctamente esta realidad, es preciso caracterizar a qué se debe y con qué fenómenos se vincula, ya que no alcanzan las explicaciones que vinculan esta nueva situación a las nuevas tecnologías o, mucho menos, a la crisis económica global.

Lo que sí brinda un marco de interpretación adecuado para entender los cambios acelerados en los procesos sociales de trabajo, son las profundas transformaciones del capitalismo, que comenzaron en la década de 1970, terminando con el "modo de regulación" (Aglietta, 1976) fordista, en un proceso de transición hacia esta fase globalizada y líquida (Baumann, 2003), aunque manteniéndose dentro de la lógica del moderno sistema mundial (Wallerstein, 1979). Algunos autores están postulando que estamos atravesando una transición hacia un "infocapitalismo" (Drucker, 1993) o "capitalismo cognitivo" (Vercellone, 2009), mientras que otros apuntan a una mutación acelerada hacia alguna clase de modelo postcapitalista (Mason, 2016), aún sin definirse claramente.

En cualquier caso, existen numerosas evidencias de cambios en la estructura productiva y social, que ya sea en la versión de "capitalismo cognitivo", como de postcapitalismo, suponen profundas modificaciones a las características del trabajo clásico hasta la era industrial.

Aun cuando en América Latina se dan ciertas particularidades, es imposible no partir de este punto para analizar la situación regional en un contexto que sobre determina e interactúa en forma global y con velocidades crecientes. Esto produjo cambios de los puestos de trabajo, de estructuras productivas y nuevas ocupaciones que han ido surgiendo, especialmente en el campo de los servicios personales y a

la producción y, en una nueva realidad, que variados autores han considerado como "trabajo inmaterial" (Gorz, 1998; Hardt y Negri, 2002, Virno, 2003).

Este concepto es particularmente necesario para interpretar los desafíos a los que se enfrenta el trabajo del futuro. En efecto, este concepto sirve para describir una nueva realidad en la que el trabajo se presenta cada vez más como una "una fuerza laboral intelectual, inmaterial y comunicativa" (Hardt y Negri, 2002) y que existen "tres aspectos primarios del trabajo inmaterial...: la labor comunicativa de la producción industrial [vinculada por redes informáticas], la labor interactiva de los análisis simbólicos y la resolución de problemas y la labor de la producción y manipulación de los afectos" (Hardt y Negri, 2002).

Las razones para centrar la atención en el trabajo inmaterial no son su relativa novedad o su importancia numérica, en el sentido de cantidad de personas (absoluta o relativa), que realizan este tipo de trabajo. Su crucial importancia debe buscarse en la tendencia que este trabajo inmaterial tiene a subsumir todas las otras formas de trabajo anteriores, en el sentido en que es planteado por estos autores con respecto al proceso de posmodernización o informatización: "del mismo modo que durante el proceso de modernización toda la producción tendió a industrializarse, así también durante el proceso de post-modernización toda la producción tiende hacia la producción de servicios, a volverse informatizada", y también; "del mismo modo que los procesos de industrialización transformaron la agricultura y la volvieron más productiva, así también la revolución de la informatización transformará la industria redefiniendo y rejuveneciendo los procesos de fabricación" (Hardt y Negri, 2002).

Post capitalismo o capitalismo cognitivo

Hay numerosos indicios de que estamos entrando en una zona de redefinición muy acelerada del capitalismo tal y como lo conocimos. Son muchos los autores que señalan los mediados de los '70 como el inicio de la mutación desde el "modo de regulación" fordista hacia lo que, alternativamente fuera llamado como "sociedad post-industrial" (Touraine, 1969; Bell, 1974), post fordismo o toyotismo (Boyer, 1986; Coriat, 1992) en primer término, y luego incluyera otras versiones, siendo la más reciente la de "capitalismo cognitivo".

Eso para hablar desde el punto de vista de la organización de la estructura social, partiendo del modo de producción

como organizador de la misma, más allá de la visión más o menos marxista de los autores. Hacia los años '80, esta discusión corría en paralelo con quienes comenzaron a hablar de posmodernidad (Lyotard, 1979), para referirse a una etapa que parecía dar por concluida la modernidad contemporánea.

Fue hacia mediados de los '90 cuando las tesis iniciales del reemplazo de la bipolaridad de la Guerra Fría por la unipolaridad indiscutida del dominio hegemónico de los Estados Unidos comenzaron a ser discutidas; a partir de la aparición de otros puntos de conflicto (Guerras de Yugoslavia y del Golfo, entre otras) y de crecientes indicios de la potencial importancia de China como actor en la escena global.

Contemporáneamente con esos procesos y discusiones, luego de la caída del Muro de Berlín y la posterior desaparición de la Unión Soviética, se comenzó a hablar de "globalización".

Así, hacia fines de los '90 y principios del siglo XXI comenzaron a plantearse otras ideas para comprender la cambiante realidad y así aparecieron conceptos tales como "Imperio" (Hardt y Negri, 2002) y "Modernidad líquida" (Baumann, 2003), para referirse a una nueva configuración, todavía en curso.

En paralelo, desde comienzos del siglo en curso, se viene hablando de la "economía del conocimiento" o bien de "sociedad del conocimiento", para referirse a esta nueva realidad en la que existe una creciente importancia de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC's) en la producción y reproducción social y, por lo dicho, en el proceso de expansión y acumulación del capital. En el centro de las TIC, es posible observar como motor la velocidad del avance científico-tecnológico y de creación, procesamiento y difusión de la información y el conocimiento. Como resultado de ello, se advierte la reformulación de prácticas y procesos en las más diversas áreas, no sólo en los procesos de trabajo.

La conclusión lógica que se puede extraer, entonces, es que en el corazón mismo de esta nueva etapa del capitalismo "líquido", está el conocimiento, con un rol cada vez más central en la economía, que se ha vuelto post-industrial/post-moderna, que cada vez está más informatizada, lo que implica que se sostiene y desarrolla en redes y que tiene como componente central a las TIC.

Por lo tanto, ya en la actualidad, la discusión parece centrarse en si esta nueva reconfiguración tiene que ver con una mutación del propio capitalismo que da lugar a una suerte de nuevo "modo de regulación", llamado por algunos como "economía del conocimiento", por otros "capitalismo cognitivo" y, otra corriente que viene proponiendo que está reconfiguración es tan profunda que es necesario hablar de post capitalismo.

¿Qué implica esto para el trabajo?

Desde luego, el abandono progresivo y nunca terminado por completo del modelo fabril Taylorista-Fordista, ha venido significando el reemplazo de lógicas productivas y de estructuración social a lo largo de los últimos 40 años.

Esto ha tenido fuertes implicancias para la organización de los procesos de trabajo y para los propios trabajadores a lo largo de todo el globo. No es intención de este trabajo dar cuenta de ello, pero sí señalar muy brevemente que esto dejó en claro que el horizonte del desarrollo único lineal hacia formas de trabajo coincidentes en la predominancia del trabajo industrial, asalariado y con contratación por tiempo indefinido, fue desmentido por los hechos. Éstos nos mostraron que el universo del trabajo y de los trabajadores se volvió cada vez más complejo, diversificado y fragmentado.

En la práctica, más flexible y precario, llegando a los extremos de negación de la relación laboral, encubierta bajo la forma de "contratistas" o "emprendedores" o "asociados" que ensayaron desde Wall Mart a Uber, más recientemente.

La posibilidad de tales cambios reside en múltiples factores que se han ido combinando a lo largo de estos años. Por un lado, la globalización ha implicado la instalación y traslado de fábricas desde los países "desarrollados" hacia países que primero fueron concebidos como nuevos países industrializados (Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Singapur Malasia, también llamados "tigres asiáticos"), y luego incluyeron otros destinos tales como Filipinas, Bangladesh, Pakistán y, de modo destacado, México.

Este proceso implicó una tercerización (outsourcing) que también se verificó al interior de los propios países. El auge de la denominada "maquila" (por el nombre que le dieron en México a la radicación de industria estadounidense, particularmente automotriz, en la frontera norte) fue acompañado con el crecimiento vertiginoso de nuevos sectores del desarrollo capitalista, particularmente las tecnologías de información y comunicación.

Esto trasladó el eje del desarrollo industrial clásico de los países centrales hacia los periféricos, en un proceso que ya había comenzado en un primer momento desde los centrales hacia las semiperiferias (Wallerstein, 1984) y, luego, fuera continuado hacia la década del '60 del siglo XX con la instalación de las -por entonces- llamadas multinacionales, en países del tercer mundo, entre ellos de manera destacada algunos de América Latina.

El crecimiento del sector servicios fue otra de las importantes modificaciones que se dio en los últimos 45 años, lo que va de la mano con aquella idea de "sociedad posindustrial". En verdad, la industria no dejó de ser importante si no que ha sufrido transformaciones constantes, que implicaron una cada vez más importante informatización de la producción

(Hardt y Negri, 2002) y transformación de procesos en su interior, así como la aparición de nuevos servicios a la producción y servicios personales, especialmente en las "ciudades globales" (Sassen, 1990).

Éstas transformaciones configuraron un nuevo panorama del mundo, con impacto en numerosas esferas de la vida social, económica y política, pero para lo que nos interesa -el trabajo-, implicaron la desaparición de puestos de trabajo en sectores industriales completos; que dejaron de existir o bien se trasladaron a países con salarios más bajos y menos controles, lo que como contrapartida implicó la aparición de nuevos sectores económicos, ligados directamente a la economía global en países del tercer mundo.

Uno de los interrogantes que todo este proceso abre es de qué modo podrá compatibilizarse una economía capitalista basada en la posibilidad de obtención de ingresos de las mayorías a través de la forma salarial, vinculada al trabajo concebido como empleo, con una realidad que deja en evidencia que la tendencia a reemplazar mano de obra por tecnología y mano de obra más cara de los países desarrollados por empleo precario de los países periféricos podrá sostenerse en el tiempo.

Mientras el consumo tiende a aumentar en los países centrales, el empleo formal tiende a caer. El gran interrogante que se abre es cómo se podrá sostener el trabajo como forma de ingreso, ya sea en su forma asalariada, como en sus múltiples posibilidades precarizadas.

Desafíos de una nueva era para los trabajadores

Los sectores en modificación

Parece obvio que, si uno de los principales motores del cambio son las Tecnologías de la Información y la Comunicación, sea este uno de los principales sectores donde las transformaciones del trabajo y de la producción en general, puedan verse.

Por supuesto, es cierto que las transformaciones del sector han dado origen al desmoronamiento de gigantes como IBM y a la pérdida de importancia relativa de otros como Microsoft, al mismo tiempo que han expandido a nuevos actores como Google y Apple, entre muchos de los más destacados, así como la creciente importancia de los fabricantes y desarrolladores chinos en los últimos tiempos.

Todo esto ha implicado la conformación de cadenas de valor a nivel global, porque mientras las sedes "formales" de los nuevos gigantes están en California, EEUU (al menos Google y Apple), la fabricación de partes y chips se realiza en China, Japón y otros países del sudeste asiático; mientras que el ensamblaje o la fabricación de algunas partes en lugares diversos, que van de México a Filipinas, pasando por Argentina o Europa.

Esto implica que en el proceso de producción de un bien concreto, ya sea un Smartphone o una computadora, pueden intervenir trabajadores de distintas partes del mundo, pero lo más importante es que el software necesario para operarlos puede ser también desarrollado en casi cualquier parte del mundo: ya sea escribiendo líneas de código que luego se ensamblan, como produciendo aplicaciones (apps) en forma independiente, subcontratada o directamente para cualquiera de las empresas que están en el sector.

Más aún, el sector del software es en realidad el más dinámico, ya que se va incluyendo en casi todos los nuevos bienes materiales que se fabrican, incluidos en los microchips, que están en automóviles, heladeras, microondas, aviones o motocicletas. La llamada "internet de las cosas" y la "industria 4.0" abren también nuevas expectativas de reemplazo de trabajo humano y aumento de la automatización.

Este proceso comenzó mucho antes que apareciera en forma tan evidente la cuestión del cambio tecnológico. Éste último punto, introduce la necesidad de considerar lo que, de manera coincidente, múltiples autores señalan como una característica decisiva del proceso de globalización

del capital que es su creciente financiarización. Lo que comenzó como el desarrollo de múltiples oportunidades vinculadas a la interconexión cada vez más en tiempo real de las bolsas de valores, fue mutando con el tiempo en las actuales posibilidades de generar valorización financiera casi a partir de cualquier activo físico y, lo que es más novedoso aun, a partir de otros derivados financieros.

Una vez más, no se desarrollará aquí este punto, pero si es necesario notar que estas modificaciones alteraron las lógicas tradicionales del capitalismo industrial clásico y pusieron en jaque la idea misma del crecimiento de la producción, vinculada al crecimiento de la inversión productiva y, por lo tanto, de la cantidad de trabajadores involucrados en la misma.

La idea de que las pérdidas de trabajos y empleos asociadas con este fenómeno iban a ser compensadas con la generación de nuevos empleos en el sector financiero, bancario y otros vinculados, claramente no se verificó.

Esto sin subestimar, por supuesto, el enorme crecimiento del sector en el marco de la terciarización de la economía, que es otra manera de hablar del crecimiento del sector servicios. Aun cuando en este caso se torna particularmente imposible distinguir los servicios como actividad usualmente considerada "improductiva" de una actividad que cada vez se vuelve más "productiva", al intrincarse la producción de bienes con la valorización financiera de los mismos.

Pero también ha habido profundas modificaciones en sectores clásicos de la economía vinculada al consumo de masas. Entre ellos, un sector especialmente destacado, y de los primeros en sumarse a una escala global de producción, es el sector textil. Tanto en la fabricación de telas como, especialmente, en la confección de prendas de vestir. Numerosos distritos industriales de ciudades del denominado "primer mundo" fueron cerrándose (Klein, 2001), al mismo tiempo que se levantaban en suburbios y arrabales del tercer mundo nuevas fábricas que incorporaban tecnologías novedosas coexistiendo con prácticas tayloristas y fordistas, siguiendo el modelo de lo que Coriat (1990) había denominado "taylorismo asistido por computadora".

Al mismo tiempo, las transformaciones del sector industrial y de la producción en general comenzaron a requerir cada vez más materias primas, tanto de las clásicas utilizadas por la industria, como de los nuevos materiales necesarios para

los microchips y otros componentes electrónicos, cada vez más presentes en todo tipo de artefactos, ya sean bienes de consumo o de capital.

Esto abrió la puerta a renovadas formas de extracción de minerales y a la denominada "mega minería", que también implicó el cierre de minas tradicionales (y con ello de miles de puestos de trabajo), así como la apertura de nuevos puestos de trabajo en estos mega emprendimientos mineros, especialmente en las periferias.

Un caso especialmente relevante es el de la industria petrolera y el gas que, a partir de la denominada crisis del petróleo de 1973, comenzó una transformación que no ha tenido freno: primero con la aparición de explotaciones mar adentro (*off shore*) -que comenzaron en el Mar del Norte y el Golfo de México y se extendieron a muchas zonas del globo donde había condiciones para ello- y, más recientemente, con el desarrollo del denominado "*fracking*".

Esto ha tenido notorias consecuencias en el conjunto de la cadena de valor de la producción, distribución, destilación y derivados de petróleo y gas, así como de los insumos necesarios para ello. Ejemplo de ello es la notable evolución de los denominados "caños sin costura", necesarios para perforaciones profundas y que deben soportar grandes presiones, como es el caso de los pozos offshore y de fracking. Este caso es importante para ver cómo se ha producido una hiper especialización en un sector de la industria petrolera (así como en otros sectores), que utiliza tecnologías de última generación y puede proveer un insumo fundamental para buena parte de la industria.

La condición para ello ha sido la cartelización y concentración de quienes producen este tipo de caños sin costura en todo el mundo, lo que implica que quienes trabajan en la producción de estos caños pueden tener más o menos trabajo según la decisión de no más de media docena de empresas que tienen plantas de producción en variadas locaciones.

De acuerdo con las condiciones del momento, la demanda, el costo del transporte y las resistencias de los trabajadores, las empresas pueden decidir pasar la producción de un punto a otro, distribuir uniformemente o cualquier otra combinación que sea más beneficiosa para el incremento de ganancias.

Otro sector que ha sufrido profundas transformaciones es el agrícola ganadero. Desde la modificación en la forma de cría y alimentación del ganado (*feedlot* y otras tecnologías), que permite liberar más tierras para la agricultura, hasta el imparable crecimiento del cultivo del maíz, la soja y otros cereales, para la producción de biodiesel o como alimento para la cría de ganado (especialmente porcino), por sólo citar dos de los productos agrícolas que mayor cambio han tenido en los últimos 30 años.

Esta verdadera nueva revolución agropecuaria se ha desarrollado con la misma lógica que se ha seguido anteriormente con la industrialización del campo. Es decir,

se han aplicado las mismas lógicas de informatización de la producción y desarrollo de cadenas de valor integradas entre la investigación y desarrollo (nuevas variedades genéticas, herbicidas más poderosos, etc.), nuevas tecnologías aplicadas a los procesos tradicionales (siembra directa, cosechadoras más eficientes, entre otras) y formas de valorización financiera asociadas a los funcionamientos tradicionales de las bolsas cerealeras. Todo ello combinado, significa menos puestos de trabajo en el conjunto del sector agropecuario y agroindustrial, además de la expansión de la lógica de la subcontratación también en este sector (de siembra, de cosechas, arrendamientos temporarios, fumigación, etc.).

El sector de los denominados servicios a la producción creció tradicionalmente con el desarrollo de la industria y la diversificación de las cadenas de valor vinculadas a la misma. Los servicios personales, tal como demostrara tempranamente Sassen (1990), han crecido en las ciudades globales, como se ha dicho antes, de la mano de la ampliación de un sector de trabajadores de "cuello blanco" ligados a los negocios globales, que en dichas ciudades se radican. Esta tendencia ya observable a principios de la década de los '90 del pasado siglo, se ha ido consolidando con la aparición de nuevos empleos vinculados al abandono y transformación de las tareas domésticas tradicionales, particularmente la de cocinar. Esto ha llevado a una creciente importancia de los negocios que venden comidas rápidas y, especialmente en algunas grandes ciudades, los servicios de entrega a domicilio o "*delivery*", que arrancaron para asegurar la entrega de comida y fueron desarrollando también otras modalidades de entrega a domicilio de casi cualquier cosa que pueda conseguirse en el mercado.

Esta referencia, en particular, es al vertiginoso crecimiento que se ha dado en los dos últimos años, al menos en el caso argentino, de los servicios de las empresas Pedidos Ya, Rappi y Glovo, que están emparentados con la lógica del crecimiento de Uber y de su nueva división de Uber Eats.

La condición común de estas nuevas formas de trabajo es que remiten a una precarización extrema de la fuerza laboral, regresando a modalidades de destajo prácticamente puras. Esto, además de resultar particularmente conveniente para las empresas que obtienen ganancias extraordinarias de esta manera, también ha posibilitado que inmigrantes recientes, en muchos casos ilegales, hayan podido acceder a un trabajo pago.

Por otra parte, numerosos sectores económicos, especialmente los ligados a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, al comercio electrónico (que ha tenido un impulso cada vez mayor) y otros más clásicos, han incorporado diversos tipos de modalidades de teletrabajo domiciliario o bien, en puntos de concentración especialmente diseñados para el así denominado *coworking*.

Estas nuevas modalidades de teletrabajo implican interacciones absolutamente distintas con otros trabajadores, ya

sea porque no están compartiendo un mismo espacio físico con personas que trabajan para el mismo empleador, o porque si lo están haciendo con otras personas -en estos espacios de coworking- que trabajan para múltiples y diversas empresas. Estos cambios ponen en discusión una serie de supuestos básicos de lo que había sido el modelo fabril clásico y su correspondiente versión oficinesca del "fayolismo".

El auge del comercio electrónico, también ha puesto en discusión la tendencia de crecimiento del sector servicios vinculada al consumo, que había surgido fuertemente en los años '80 y '90 del pasado siglo y continuado en la primera década del presente, con el crecimiento de las grandes superficies y las superficies especializadas, que habían implicado un crecimiento de los empleos del sector de servicios comerciales; que ahora se ven amenazados por la importancia en aumento del comercio electrónico.

Otro sector de notorio crecimiento dentro de los servicios personales es el de cuidados de niños, personas mayores y desvalidos en general, lo que está ligado a una importante modificación de las costumbres y las lógicas de funcionamiento familiar tradicionales, así como con la reducción de los espacios de habitat urbano.

En síntesis, el panorama que se advierte es que los nuevos empleos y ocupaciones no alcanzan a reemplazar a los que se pierden por las transformaciones sociales, económicas y tecnológicas y que se hace necesario diseñar formas de organizar los tiempos de trabajo y las ocupaciones que permitan desmonetizar la ocupación y el trabajo como única forma de obtención de ingresos. Esto implica pensar un sistema de ingresos que incluya formas de renta universal, trabajo colaborativo y cooperativo, aliento a sectores de economía social y solidaria y participación comunitaria en la organización de la vida social de formas novedosas, no sólo ligadas a la forma salarial clásica.

En ese contexto, los riesgos del trabajo debieran pasar a estar considerados dentro de un conjunto de riesgos sociales a afrontar, ya que seguirán existiendo actividades con más riesgo que otras, pero será posible pensar en controlar algunos de los síndromes asociados a las condiciones del trabajo hoy existente, como el stress laboral y sus múltiples manifestaciones, siendo el *burnout*, una de las más comunes y preocupantes. •